

LAS DEFENSAS DE LA HABANA EN 1898

Los últimos días del mes de octubre de 1895, fueron en los establecimientos militares españoles de Cuba, de afanosa actividad. Se temía la proximidad del conflicto con los Estados Unidos, y, en un esfuerzo por poner la Isla en situación de hacer frente a las contingencias que podían tener violento desarrollo en cualquier instante, el Capitán General Arsenio Martínez Campos, con los coroneles Ordóñez, Fuentes y Marvá, cambió pareceres para, utilizando los recursos disponibles, y los que podían obtenerse rápidamente en España, fortificar la plaza de La Habana, aviándola para terminar dignamente en América la dominación española.

El Capitán General no se hacía ilusiones. El proyecto de Marvá—el proyecto más económico que el famoso ingeniero lograra trazar—era tan costoso, que España no podía ejecutarlo. En Cuba no había nada. Los barcos de la escuadra de América estaban completamente inútiles. Lachambre aconsejó que se utilizaran los González Hontoria de la armada en las líneas de defensa que iban a improvisarse, ya que los barcos de hierro no estaban en situación de batirse con ningún navío de los que tenía a flote la Unión Norteamericana. Las llamadas fortalezas

acontecimientos, para pensar en fundir los que se requerían para hacer en la guerra un papel airoso. Además, era sabido que los Estados Unidos estaban adquiriendo artillería pesada en Alemania y que los talleres de la Bethlehem no se daban reposo.

Conversando en Santiago de Cuba con un amigo, Ordóñez señalaba: "No podemos hacer nada; pero tampoco habremos de entregarnos sin combatir. Mis cañones en estos momentos—por lo menos los que tenemos montados—son anticuados. Cuando en 1890 proyecté el sistema de artillería de que fueron dotadas varias plazas españolas, tuve en el pensamiento sólo el ahorrar costo, considerando además la situación en que por aquel entonces nos hallábamos. Tengo un proyecto de otro tipo, de acero todo, pero las primeras piezas no podrán salir de las fundiciones antes de fines del año que viene. Las defensas de Cuba están abandonadas; no quiero comentar nada de esto, pero considero que vamos a una guerra en que perdemos con seguridad. En fin, hágase lo que se pueda y cumpla cada uno con su deber".

Ordóñez era un bravo. En la Loma de San Juan, llevando una batería Krupp, en medio del ataque nortea-

Trocha, repetidamente protestaba contra el aplazamiento, año tras año, de la ejecución de sus proyectos. Se leían con atención en España sus consejos, pero no había quien se atreviese a plantear la cuestión de adquirir material de guerra, sin pensar en lo que costaría, sumando correajes, participaciones y comisiones. Se le otorgaron cruces y honores para que callase. Fué lo mismo que consiguió Marvá. Este regresó a España y allí, lejos de suscribir el decreto autorizando la construcción de las fortalezas proyectadas, el gobierno le reconoció oficialmente los méritos. De las cúpulas de acero para las baterías de Barlovento y de Santa Clara, de las obras especiales a ejecutar en la costa, de la necesidad de fundir inmediatamente piezas Ordóñez del modelo que éste había presentado, nada; se le ordenó que redujera gastos y que en su memoria señalase todo aquello que se podía suprimir.

Todo aquel amplio sistema de lunetas, de baterías y fortines, que harían de la capital de Cuba una considerable plaza militar—semejante a París—quedó para servir de objeto de estudio a los alumnos de las Escuelas de Ingenieros, conjuntamente con los Tratados de matemáticas y de resistencia de materiales de que había sido autor aquel oficial. Ni de esto, ni de los proyectos de Lachambre, pudo lograrse, pues, nada, como no fuera revelar que o el gobierno español no tenía interés en hacer una defensa prolongada en Cuba, o que, aplazándolo todo, no creía ni que los Estados Unidos querían la guerra ni que estuviesen en condiciones de librarla.

La inmoralidad administrativa prevalecía incluso en la defensa del territorio español, en vísperas casi de estallar un serio conflicto, en que tal vez se jugaran los destinos de la monarquía. Se dió el caso de que en 1880, España gastase \$600,000 en seis cañones Krupp, de los cuales sólo montaron tres; los restantes, estuvieron durmiendo sobre rieles, junto a la Batería de la Reina, cinco años. Todavía en 1893, de Madrid preguntaban—y ofrecían argumentos—acerca de si eran o no utilizables en la defensa de la plaza. Fué Lachambre quien en 1894 señaló al Capitán General que no era posible contar para nada con aquellos cañones, ni con todos los restantes que tenía España en Cuba. "Necesitamos también—decía—mejores artilleros". Formuló un nuevo plan de fortificaciones, en que hacía el análisis de los que anteriormente habían sido sometidos a los Generales Salamanca y Polavieja, y con él logró convencer a Martínez Campos—el espaldón de la dinastía—de que al primer empuje con una nación ligeramente organizada, habría que evacuar de Cuba indignamente. El Capitán General envió un urgente mensaje a Madrid, y entonces, con la urgencia de quien apela a la última cura, el gabinete decidió remitir a la Antilla cuanto había disponible en la Pe-



EL FAMOSO CAÑON ORDÓÑEZ DE 305 mm., "combatió" con el nombre y no con su potencialidad militar durante el bloqueo de La Habana, en 1898. El 13 de junio de aquel año escupió el primer metrallazo sobre el "Montgomery", que perseguía al maltrecho "Conde de Venadito", y se quedó corto en el tiro. Don Salvador Ordóñez, su constructor, no creía en la efectividad de esa artillería, que era en los días de la guerra ya anticuada. Lo salvó del ridículo, la publi-

de La Habana, de mampostería todas ellas, eran inútiles ante un escuadra. El alcance de la artillería que había a mano, era nulo. La isla entera podía ser impunemente bombardeada, reduciendo a cero toda resistencia en tierra. El coronel Ordóñez, tras de un recorrido por la Isla, declaró enfáticamente que el problema de las defensas era sólo de artillería gruesa, para el cual no había otra solución, sino traer de España, de las fronteras francesa y lusitana, de las costas del Mediterráneo, y de algunas plazas centrales, cuanto cañón útil hubiese, pues ni tiempo había ya, con la premura con que se estaban desarrollando los

americano, ayudó a sostener a Vara del Rey en sus posiciones. No hubo recurso en la técnica de artillería que él no utilizara. Resultó herido en aquella acción.

También el general Lachambre, durante el tiempo en que estuvo de comandante de La Cabaña, había estudiado un proyecto de defensa de la Isla—principalmente de La Habana—en caso de una guerra con los Estados Unidos. Su informe quedó durmiendo con papeles inútiles en el Ministerio de la Guerra, de Madrid, por carencia de fondos para su ejecución. Lachambre—que había combatido en toda Cuba, que conocía su territorio, que había servido en La

2

45

ínsula. Esto motivo la febril actividad de los últimos días de octubre de 1895, que antes apuntamos.

No eran a la sazón los Ordóñez—los que estaban contruidos y listos para enviar a Cuba—los más modernos cañones que en España había. Eran los que, por su precio, mejores condiciones reunían. Sus principios inspiradores fueron los del cañón naval francés de 1870, sin que el inventor pretendiera haber hallado la clave de oro de la artillería moderna, en ellos. Tenía otros planes, que, por falta de dinero, no acababan de llevarse a prueba. Fué menester que llegara el agua al cuello para que, en 1897, se decidiera el gobierno a gastar lo que las condiciones del mundo ya imponían. Mejores eran los Krupp de 12.5, pero los Voluntarios, obstinados en su chauvinismo, hicieron silencio alrededor de los monstruos alemanes de acero, en favor de los colosos nacionales de hierro relleno. Creyeron que ellos solos decidirían la guerra. "Un solo Ordóñez—decían—vale una escuadra". Pero Don Salvador Ordóñez, acariciándose su barba mefistofélica, expresaba sus dudas. Aquellos cañones, que él había inventado, ayudarían a bien morir a España, en América. Estaba convencido—como lo estaba Cervera de su escuadra—de que sus instrumentos no prestarían la utilidad que de ellos se esperaba, y que, al final de cuentas, la verdad se sabría. El no quería callar, y no callaba. En cada informe a sus jefes superiores, les repetía las dolorosas verdades de siempre. Los hechos demostraron hasta la saciedad cuánta razón tenían Cervera, Concas, Marvá, Lachambre, Ordóñez — tachados de poco patriotas, por los exaltados— en sus advertencias, contra el abandono y la inmoralidad administrativa.

El sistema de cañones Ordóñez (de todos los cuales quedan ejemplares en las inútiles fortalezas de mampostería de la Habana) constaba de piezas de 15, 21, 24 y 30.5 centímetros (no se trajeron a Cuba de 25 cms.). También trajeron dos Krupp de 30.5 que están montados en la Batería número Uno, a barlovento del Morro.

Sus características son las siguientes:

CANON:	De 15 cm.	21.	24	25	30.5	Krupp.
Longitud (metros)	5.1	7.45	8.566	9.25	10.7	10.7
Número de rayas	28	42	48	50	60	68
Peso en kilos, incluyendo cierre	6.330	16.500	27.700	30.400	48.330	49.880
PROYECTIL:						
Peso de la carga (kilos)	15	45	70	72	120	180
Peso del proyectil (ordinario)	42	130	195	260	388	455
Peso del proyectil de penetración	51.2	130	195	260	380	455
Velocidad inicial (mts.)	533	533	533	510	517	580
Alcance	8.000	10.5000	11.000	11.000	10.000	12.000
Penetración a 1 km. en cms.	28.15	37.28	44.01	x	49.61	71.40
Penetración a 2 km. en cms.	18.6	31.94	37.45	x	42.57	65.20
Penetración a 3 kms. en cms.	15.43	27.94	31.97	x	37.64	39.37

Aquí están todavía, lector, para sa-fama . . . en la cual ni el Coronel Don Estafacer tu curiosidad. Militarmente, Salvador Ordóñez creía. nunca hicieron nada. Pero tuvieron nombre . . . y les queda todavía, una

JUAN LUIS MARTIN.

IP
PATRIMONIO DOCUMENTAL

CENTRO DE HISTORIA DE LA HABANA